

ITINERARIO POETICO: PALABRA Y VOZ

Por PILAR PAZ PASAMAR

Excma. Sra. Presidenta,
Excmos. e ilustrísimos señores académicos,
Sras. y Sres.
Amigos y familiares reunidos hoy en éste lugar
privilegiado de la casa de los Pinelos.

Quiero en primer lugar agradecer el honor que recibo de la Academia Sevillana de las Buenas Letras, del Excmo. Sr. Académico de Número, anterior presidente, D. Manuel González Jiménez por presentarme y haber pronunciado palabras tan elogiosas y amistosas que me han conmovido tanto, y luego invitaros a recorrer un itinerario a orillas de un río que no tendrá el curso del imperturbable y florido Guadalquivir sino la impresión de un Guadiana con sus apariciones y meandros y recovecos como corresponde a una voz humana y desgastada como la mía. Espero que os llegue limpiamente... Reitero mi gratitud a todas aquellas personas, que han hecho posible, con su conformidad o iniciativa, la realidad de mi inmerecido nombramiento, darles las gracias, repito, unidas y dedicadas a todos aquellos ausentes y presentes que forman el conjunto académico de ésta real Corporación, a las personas queridas que no han podido asistir y a todos ustedes por el hecho de acompañarme. Muchas gracias.

La palabra, el modo que nos diferencia de la especie animal y con la que nos comunicamos los humanos, es la capacidad de re-

lacionarnos a través de la voz. La voz es la forma y el tono con que usamos esa aptitud. Pero hay ocasiones en que voz y palabra significan lo mismo. Ya a un nivel trascendente, por ejemplo, el versículo inicial de Juan Evangelista habla de algo creado antes de todo lo creado. Lo primero fue el verbo. Lo primero fue ella, el Verbo, la palabra, dice el texto de Juan refiriéndose a la palabra encarnada. A través de los tiempos, el ser humano ha sido capaz de crear palabras y emitir las para comunicarse a través de la voz, el cántico, el verso, la palabra suelta, la palabra impresa, las que se cantan, o aquellas que pronunciaron nuestros hijos y guardamos, las primeras que se pronuncian. El rey Salomón en su salmo séptimo habla de su primera palabra pronunciada y dice: “Fue la de todos: Lloré”. Y por ello en *Sophía*, penúltimo de mis libros editados en Sevilla en la colección Angaro, me permití hacer homenaje de ese rasgo de sabiduría: “El hombre anuncia llorando/ que llega para ser hombre/ sin saber como ni cuando.../ Y va aumentando el caudal/ y a golpe de yunque fragua/ con llanto el propio metal/ Su voz, como el manantial.../ tiene dolor al principio/ y tiene llanto al final”.

Mientras los antropólogos estudian esas primeras formas de con las que el hombre creó su propio lenguaje, el hombre de nuestros días no solo ha creado palabras, las formas de comunicarse unos con otros, sino las armas con que defender la palabra y no solo eso, sino los compromisos en alianza y defensa, y otras actividades como las de pulirla y darle esplendor. Y ya que he citado el lema tan reconocido, entrando en el tema académico, recordaré la frase de don Rogelio Reyes, pronunciada en su discurso y en nuestra sede hispanoamericana, un 23 de abril, día cervantino o del Libro, al tratar de la defensa contra galicismos, italianismos y anglicismos y toda esa hojarasca barroca del siglo XVI que los hombres de la ilustración sacudieron y así, según el disertador, prestaron el mayor servicio de la historia de nuestra lengua. Desde la clerecía, desde la juglaría, por los caminos de nuestro suelo, se ha ido acumulando el patrimonio de la obra poética y desde aquellas voces. Recordemos el título, generación del 27 del pasado siglo, la de Pedro Salinas: “La voz a ti debida” que debida al amor se hace razón amorosa, se hace palabra de amor. Juan Ramón Jiménez nos dijo sobre la palabra: “No por usar palabras complicadas ni sobadas, se es un escritor rico ni raro: la rareza y la riqueza están en el don de

combinaciones infinitas. En poesía lo importante es la precisión, la exactitud.... Inteligencia, “dame, el nombre exacto de las cosas”.

También es tarea académica buscar la exactitud y precisión pero creo que el imperativo a seguir mas importante es aquel precepto común para todo lo vital, cumplir con aquello: o renovarse o morir. La Real Academia Sevillana de las Buenas Letras, cuarta, según tengo entendido, que se creó en España, proviene, como la nuestra Hispanoamericana que cumplió su centenario el año pasado, de una misma forma de gestación, derivan de una misma matriz: la tertulia. Desde aquellas del jardín de Academo, Minerva griega, Platón y sus paseantes, peripatéticos, por ende, bajo los árboles. En Sevilla, Minerva Bética desterrada, suponemos, de la casa del sacerdote Luis German y Ribón, consigue generar en 1751 de tertulia a institución oficial, realizarse y realtecerse con el título otorgado por el rey Fernando VI. La dinastía, de la dinastía borbónica, claro está, que, hasta nuestros días y continuando lo tradicional, la que respalda a las Academias. Sumergirme en el conocimiento de la historia de ésta veterana Academia Sevillana de las Buenas Letras ha sido para mi apasionante.

Conocerla a través de sus cambios, de su búsqueda por el sitio a ocupar, el primero en la sala cantarrera del Alcázar, al que volveremos, o por el nombre definitivo, como definir esas letras que no serían ni científicas, ni regias, ni médicas, ni eruditas, ni bellas, sino buenas, sencillamente. Para la sede, sin embargo, no derrochó mucha bondad el siglo diecinueve. Epidemias, terremotos y para colmo de males, la guerra contra los franceses y la tropa napoleónica, asunto que hoy hace correr tintas de letras impresas con la cercanía del bicentenario. Esa misma guerra que acabó también con los proyectos de ciertos jóvenes en Cádiz que pertenecían a la tertulia de La Camorra y que intentaron crear y reorganizar en ésta ciudad una Real Academia sirviéndose para ello de la Academia de las Buenas Letras. Y se creó por obra y gracias, entre otros, de Alcalá Galiano quien no pudo, sin embargo, evitar la dispersión de esos jóvenes “casi niños”, según él, que después fueron académicos de la española, entre otros, el Duque de Rivas, el de Híjar, Nicasio Gallego, o el propio Alcalá Galiano. Por éste sabemos según su libro *Recuerdos de un anciano* que el primer periodo literario que se publicaba en 1818

se titulaba *El Correo de las Damas*. Damas que en sus tertulias se dedicaban a la información y la creatividad mientras sus maridos, pendientes de intenso comercio que mantenían, y no solo con las indias, estarían atentos a las llegas de las naves y la atención tras los catalejos, allá en las torres vigías, o en sus despachos. Lo cierto es que la actividad cultural estaba en manos de las mujeres. De aquellas, ha pasado mucho tiempo, bien aprovechado en el terreno cultural y científico, pero, especialmente, en el literario, publicaba en 1818, según nos cuenta en sus “recuerdos de un anciano”. De aquellas damas a las que ahora nos preside, D^a Enriqueta Vila Vilar ha pasado mucho tiempo, una mujer que nos habla de la interrelación existente entre literatura e investigación y considera a la primera, como fuente de la segunda, a la literatura como fuente histórica apoyándose en el concepto de Alejandro Carpentier que considera la fabulación, la novela, o sea, la narrativa, como instrumento de indagación (“La literatura como fuente histórica”.- E. V. V.- *Boletín de la Real Academia de las Buenas Letras de Sevilla*, 2009) que acaba de ser galardonada con el premio de Joaquín Romero Murube, aquel poeta que regía los pasos de todos por el Alcázar sevillano y nos la enseñaba en aquella época de las tertulias de *Platero*, de la revista *Aljibe*, del intercambio de poetas y visitantes entre Hispanoamérica y las universidades de Sevilla y Cádiz; Carande, Collantes de Terán, María de los Reyes Fuentes... poetas profesores de las aulas, en el centro cultural de la Rábida... riada de voces provenientes de los colegios mayores que desde los años cincuenta llegaban a través del Instituto de Cultura hispánica, cuya etapa embrionaria me tocó vivir en el A. C. I., década de los cincuenta, edificio situado en la calle Marqués de Riscal, muy cerca del colegio de licenciadas carmelitas en el que cursé el bachillerato superior situado en la calle Fortuna, donde la Tertulia también se reunía a las puertas del Oratorio de Nuestra Señora de Lourdes, llamado por el primer nombre el de Asociación Cultural Iberoamericana, que mantuvo una intensa relación con Cádiz y sus cursos de verano para extranjeros y sus creadores fueron el poeta sevillano Rafael Montesinos y Antonio Fernández Spencer. Toda la historia de aquella tertulia de la que fui, por suerte, cofundadora está descrita en un hermoso libro publicado en 2007, se titula *55 años*



Pilar Paz Pasamar, en el acto de ingreso como académica correspondiente en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras

de la Tertulia Literaria Hispanoamericana Rafael Montesinos (1952-2007). Su viuda, Marisa, y su hijo Rafael César fueron sus creadores y de aquel recojo la frase que hace mención del único y primero de los Cursos de Verano que disfrutó el poeta sevillano en Cádiz como ponente y el otro decisivo en 1977 refiriéndose a un homenaje recibido a través de la tertulia “Antes de que llegara el homenaje, que llegó, América esperaba. Como si el curso de verano de Cádiz (1960) hubiera sido el puerto-larga espera- para embarcar la tertulia, la poesía y el Bécquer de Montesinos hacia las Indias”. Y se nos fue, más allá de las Indias.

TEXTOS LAPIDARIOS LA DAMA DE CADIZ

“Yo, Alfonso,
Rey castellano,
hijo de Fernando,
nieta de Berenguela,
Señor de Andalucía,
quiero ser enterrado junto al mar.

Ser enterrado en Cádiz,
la ciudad más antigua
a la he repoblado
de cántabros y astures,
la que me ha conquistado
con el olor de su sabiduría.

En Cádiz junto al mar,
bajo los azulejos de la cúpula,
en la orilla que llaman
mar de los vendavales,
para que allí la mano que sacude
el hisopo infinito
aspergue diariamente
mi ceniza y reciba
la bendición salina
en cada atardecer.

Allí purgue mis culpas
pues fui rey ignorante
en estrategia y mando.

Aspiré sin sentido
a aquel reino europeo,
perseguí a los judíos,
juzgué a los musulmanes,
aunque bebí en sus fuentes,
me enfrenté con mi casta,
aborrecí la prole,
repudie a mi consorte
y llamé santo al padre
que me hizo, buscando
su reconciliación.
Mas la gloria que hube por encima
de todas, fue este lado
de naranjos y olivos,
de caza y pesquería:
Rayhana, Alcanatif,
Xerez amurallado
-tierra de pan y vino
y de fruta sabrosa-
y Cádiz junto al mar.

Vivo en cristiano pero asumo el mundo
que conquisté arrasando y excluyendo.
Lo mío eran asuntos que aprendiera
de labios de mi abuela y de los sabios...

¿Por qué luché si el alma se me iba
tras los astros, las piedras, las alquimias,
los juegos, los secretos paladeos?

Enderecé el lenguaje castellano
con más tino que a todos los ejércitos
levantara mi espada o estandarte,
mi arenga predilecta
fue enumerar estrellas, lapidarios.

Más que aceros, los códices miniados,
el verso, por la brida,
la cántiga el final de la victoria.

Mi patria era el regazo de la alquimia,
el lenguaje y el cántico,
mi tálamo, la ciencia.
Mi amor, el astrolabio,
mi amada inaprehensible, la atroz sabiduría
de las leyes y el pueblo,
el canto de juglares,
el milagro del ritmo y la palabra.

A Cádiz dono la custodia
y desato de nudos eclesiales
con Sevilla, mi corte.

En Cádiz quiero que me entierren
junto al mar, por los siglos de los siglos”.

ADIVINANZA

“Es la que inclina las balanzas.
La del anillo nibelungo.

Caliente:
El Rhin la lleva en su corriente.

Es la quinta del sol, la vieja guarnecida,
la poderosa.
Brilló en las plumas de Quetzalcoatl
pero también la lleva la oropéndola
en sus alas felices cada tarde del tiempo.

Es la manzana de la Hespéride,
el fálico poder penetrador,
el becerro adorado en todos los exilios.

Adivinanza:

La que organiza las matanzas,
la que insulta las fiebres de la búsqueda:
Egipto y Babilonia, Caldea y Arizona,
Asur y California.

Caliente:

En los places,
en las concavidades del planeta,
el hombre se empecina en encontrar
un gramo de su masa.

Adivinanza:

La bolsa sube, el dólar se dispara.
Ella cuenta. Ella canta.
Es la quinta del sol y yace sumergida
en hebras destrenzables,
cubierta por hostiones y cangrejos
en el fondo del mar.

Adivinanza:

¿Sancti Petri? ¿Doñana?

En paneles miniada,
en códices dormidos,
en tiaras y palios,
en ajorcas y armas,
en el bosque del Bosco,
musiva por los lienzos
de la historia: la siempre codiciada.
La que llena las arcas y en buen paño se guarda, la ladina,
que corre hecha dolor y sangre y alegría
por las grandes aortas de los ríos del mundo”.

SOPHIA
Y, SIN EMBARGO, CANTA

“Qué envidiable inconsciencia:
borboteo del agua,
chisporrotear de leño,
subrepticia carcoma,
canto de grillo insomne,
élitros contumaces.

Qué celosa contemplo,
oigo piar los pájaros,
crepitar la madera,
pasar nubes solemnes.

Todo tan libre, atado
sin embargo, a los modos
con que otros prepararon
la norma sin esfuerzo
para llegar a ser,
un instante, ellos mismos.

Conforman los tejidos
de la ley, sin saberla.
El hombre, sin embargo,
-conciencia plena, ingrata-
sabe que cruza solo
su camino y que cada
movimiento genera
repercusión y ecos.
Para el hombre que sabe
que el final le contiene,
que el fin le corresponde,
le disminuye y grava,
que es transeúnte de un puente
terminal y son trámites
la ciudad o la selva
y su cielo y sus horas

pasan inaprehensibles
debiera, por lo inútil,
ser imposible el cántico.
Sin embargo, detiene
su pie, desamordaza
la boca, aspira el aire
y canta. A veces, canta”.

PALABRA

“Libre y frágil y armónica,
liviana compañera,
paloma mía, vuela desvalida.
Asirte no, pero sí hacerte,
hacednos juntas
y el zureo sea un cántico
unísono, una nueva sinfonía,
un ritmo repetido,
entre la novedad y la rutina,
hacia adentro, anidada perdurable,
huésped de mi sonido más profundo,
en el tiempo enroscada
antes de alzar el vuelo
pronunciado, en la voz.
Ave de mí, palabra fugitiva”.

LA PALABRA ENCERRADA

“La palabra encerrada aletea
tras los cristales en el British Museum,
en Roma, o en Paris. Barbotean los verbos
y sus grandes unciales como en un recipiente
de grafía antiquísima, parece que quisieran
salir fuera de él y cruzar las vitrinas.
Del Monte nos llegaron pergaminos
lagunados, volaron hasta Europa
y en la misma captura los mantiene prendidos
tras los cristales como mariposas:
Rylands y Chester Bauty,

Badmer en Suiza, escrito
en el año doscientos...
¡Ay la palabra viva, alfilerada,
fijada con un dardo en la clausura,
en un descolorido
bullir que pide a gritos
ser eficaz y útil para el hombre,
cansada de la letra
y la cronología,
del lastre que le impide
volar, llegar a ser palabra viva!”

LA PALABRA AIREADA

“Cafarnaún tan cerca, a la orilla del lago.
La colina se yergue fresca y suave y redonda
como el vientre de un niño, y son niños los hombres
sentados en sus márgenes, o en el suelo tendidos.
Porque van a escuchar resonancias y ecos
tan eternos que el tiempo se queda esta mañana
venturando los cielos y la tierra por siempre.
Venturando las lágrimas de todos los que lloran,
la mansedumbre, el hambre y la sed de justicia,
la limpieza del alma y la misericordia,
y a la gente pacífica, y a todo perseguido
injurado y maltrecho,
a los pobres de espíritu y de tierra y de bienes,
a los que sólo tienen la inocencia.
El discurso del Monte no aventó ningún ave,
también ellas escuchan aquello que no entienden.
Por la yerba el insecto sigue su curso. ¡El cielo
es tan azul, la voz tan azul, tan azules
las palabras que tienen clave en el universo!
Un día, en un rincón de la tierra se dijo
la norma al aire libre. Era un día de calma.
Un lago azul y el Hombre dirigiéndole al mundo
con lo que bien pudiera ser el mundo algún día”.

TAUOKATHAPSIA

“¡AL fin. todo depende del salto y del empuje!
¡Saltar sobre la vida, sobre tiempos y espacios!
Largo y negro es el lomo, la embertida,
negro y bravo es el reto del acróbata.

Medir con la mirada la anchura de la fiera
y volar sobre ella, del testuz a la ancas.

¡Saltar entre cuchillos, volar, ése es el modo!

¡Todos nacemos desde un misterio que embiste!”

RIO DEL OLVIDO

“A la sombra del árbol del olvido,
a la orilla del Guad-El-Letheo,
allí hicimos los hoyos para clavar la tienda
y vivir esa tregua que el destino nos daba.

Por el cielo, las blancas palomas,
por el río, las pausas del agua,
de tu mano a la mía un olor transferible,
el efluvio del liquen entre cantos rodados.

Contaba. Contaste. Supinos al fin qué decirnos.
Un pacto inaudito, sonoro, vibrante,
tal el fuego que apaga las brasas al tiempo
de hacerse humo y ceniza en la sombra insaciable.
Y el color amarillo y supremo,
el color del color que se extingue,
que devora el ocaso apetente de tonos,
plenitud de lo efímero, el recaudo en la luz vespertina.
Y un solo quejido. Y un paso de ala.

A la sombra del río comenzaba a escindirse
en mitades el todo que fuimos.
El agua mostraba su rostro implacable y solemne,
la luz despaciososa, las manchas rodaban en cuevas abajo.

Supinos, supiste de mí lo que hubo,
 lo que hubiera podido ser otra la forma en la vida...
 ¡Ay, que fuese el adiós quien pudiera
 descifrar el sentido de aquello que no comprendimos!

¡Que un instante, una tregua tuviera respuesta,
 diera sentido a todo, creara mil lenguajes!
 ¡Ay, que todos los besos fueran un solo beso
 y uno sólo –este último- el amor condensara!

A la sombra del árbol del olvido,
 a la orilla del Guad-El-Letheo,
 tu mano queda y oigo la voz innumerable,
 la eternidad que al otro lado clama”.

PHILOMENA

El eco lejano de Dios
 llamándose a Sí Mismo.
 K. Rahnner.

PHILOMENA, TU CÁNTICO

“Es un acorde más entre todos aquellos
 que forman el concierto: oye la sinfonía.
 Tu engreída garganta, inapreciable cítara,
 levísima vihuela entre tanto instrumento
 toca a Su Son, más tú no eres
 quien pulsas ni conduces
 pues todo lo que aporta tu gorjeo
 es un breve añadido que apenas se percibe.
 Tu canto es una nota; una nota entre tantas
 de los innumerables pentagramas,
 dentro de la infinita belleza de su Su Música.
 Advierto el gran esfuerzo, el pálpito ardoroso
 de tu cuello por donde se te escapa
 el corazón a sacudidas,

sus contracciones rápidas como si fueses tú
 -y no Quien está dentro de tu trino-
 la que llevara pauta de su propio sonido
 o como si-qué candida-por tu tuviera fuerza
 mayor la sinfonía.

Philomena, sosiégate. La armonía es eterna,
 estuvo hecha sin ti, estamos repitiendo
 alma mía, Su Eco,
 porque el Original quiere escucharse
 a través de Sí Mismo, de las constelaciones,
 del ruido de los mares, del silencio y de todo
 sonido de los ámbitos creados.
 Toca Su Son porque no es tuyo
 y no eres responsable de belleza
 sino de si has cantado con amor”.

JARDIN DE AL-MOTAMID

“Como en el luminoso jardín de Al-Motamid
 -que hoy alberga un transmundo de archivos y oficinas-
 plantaron limoneros de azahar asequibles
 justamente a la altura de las manos
 a orilla de los labios la ácida oferta y próximos,
 oferentes, jugosos, serviciales, de modo
 que Romaiquía, no hubo de inclinar su cabeza
 o librar del sopor su brazo en las alturas
 y aceptaba la oferta sin labor ni cansancio.

Así, a mano, a punto, como los limoneros
 te pongo a ti, te hice cimientos con las manos
 urdí en la tierra firme, medí las longitudes
 de tu canto milímetro a milímetro, justa-
 mente a la altura de la boda del hombre.

Entrégate, ya estás pendiente como un fruto,
 pomelo de os ávidos, aroma del cautivo.
 Te tengo preparada... ¡Vengan a ti las bocas
 y se llenen del Verbo que la injertó los zumos!”